

## *DUARTE Y LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA*

Por Julio G. Campillo Pérez (A. D. H.)

En la invitación al sepelio del creador de la República, y que circuló en la capital de Venezuela, se anunció el fallecimiento del “General Juan Pablo Duarte, Caudillo de la Independencia Dominicana” y este ilustre prócer siempre escribía su correspondencia con la siguiente cabecilla “Juan Pablo Duarte, Director general de la Revolución dominicana, Decano de los fundadores de la República y primer General en jefe de sus Ejércitos”.

Con tantas credenciales es increíble que este mismo hombre no llegara a ser Presidente de la República, cuando fue el primer caudillo y su primer político, y más que nada su más señero Fundador. Por el contrario, este mismo hombre apenas figura en la Colección oficial de Leyes y Decretos de su país como un miembro segundón del primer Gobierno dominicano la Junta Central Gubernativa, y más adelante en compañía de otros partidarios suyos, como “traidor e infiel a la Patria, indigno del cargo que ejercía y merecedor de ser desterrado y extrañado a perpetuidad de suelo dominicano”.

Sin embargo, si se estudia a fondo la personalidad de Duarte y sus grandes ideales se llega fácilmente a comprender, que contrariamente a la gran mayoría de los políticos, él no tenía la clásica ambición de poder, de mando y de botín, tan inherente al quehacer público, sino por el contrario el elevado propósito de establecer un Estado soberano en forma libre e independiente que se llamara República Dominicana.

Precisamente este es el programa de lucha que se trazó desde el 16 de Julio de 1838 cuando surgió como presidente de la sociedad “La Trinitaria” y por ende como líder indiscutible del primer partido nacional, reconocido por sus compañeros como Director General de la



Revolución y General en Jefe de los Ejércitos de la República, por cierto, los títulos que nunca abandonó ni aún en sus más desgraciados momentos de ostracismo y frustración.

En sus primeros años el Partido Nacional en vías de formación no tuvo muchos tropiezos en adquirir cierta incidencia política clandestina. Tal situación los llevó a reunirse con los conspiradores haitianos que deseaban poner fin al largo régimen de Juan Pedro Boyer, que venía gobernando a Haití desde la muerte de Petión en 1818 y a toda la isla desde 1822. Por eso vemos a Juan Pablo Duarte viajar a Venezuela, en agosto de 1842 en unión del revolucionario haitiano Alcuis Ponthieux, seguramente en busca de ayuda común a la causa que en ese momento los identificaba. Y así vemos también como Juan Pablo Duarte y los trinitarios participaban activamente en la lucha armada que ocasiona el cambio de autoridad en la ciudad de Santo Domingo, en su calidad de aparentes aliados del movimiento antiboyerista denominado “La Reforma” y que encabezaba Charle Hérard A iné”. Y Por eso mismo, también vemos como se le otorgan funciones oficiales al propio Duarte, tales como miembro de la Junta Popular de la ciudad de Santo Domingo, Comisionado para instalar la Junta Popular correspondiente a las comunes de la región Este y Coronel del Batallón de Nacionales.

Pero esta alianza no podía durar mucho, ya que Duarte ni su grupo aspiraban a participar en la política interna de Haití, sino que en cambio propiciaban una situación política jurídica en la cual la comunidad nacional dominicana se convirtiera en un Estado libre y soberano, dejando de ser para siempre colonia española, dominio francés, parte de Colombia o departamento provincial haitiano.

De ahí que para los comicios que se celebraron para escoger los miembros de las Asamblea Constituyente haitiana de 1843, el partido nacional presentó sus propios candidatos obteniendo un triunfo abrumador frente a los candidatos del partido haitiano.

Desde entonces, comenzaron las amargas y los padecimientos para el partido nacional y sus grandes líderes. Y es que semejante triunfo atrajo la envidia y el enojo no solamente de los simpatizantes del partido



haitiano sino también del “tercer partido” que comenzó a formarse en nuestro país desde la caída de Boyer, el partido “afrancesado” que buscaba la protección de Francia para la comunidad nacional dominicana y no el Estado independiente que defendía el partido duartiano. Los resultados se vieron rápidamente, denuncia contra Duarte y los trinitarios por conspiradores y rechazo de toda unificación de los grupos dominicanos, nacional y afrancesado por el máximo dirigente de estos últimos, Manuel Joaquín Delmonte. Finalmente la salida para el exilio de Duarte y abandono momentáneo por éste del escenario nacional. Ya para esos días, Duarte era inaceptable para el bando afrancesado, por su postura radical y definida en favor de la independencia pura y simple. De ahí que lo más conveniente para dicho bando resultaba ser la ausencia de un líder de gran estatura como de ideario inflexible, tan contrario a la causa antinacional.

Pero más tarde las circunstancias y la realidad política, hicieron posible la unión de ambos bandos, trinitario y afrancesado, y con ello la proclamación de la República, el 27 de febrero de 1844, aunque condicionada dicha República a un posible protectorado francés, esbozado en el Plan Levasseur y fomentado por el Cónsul Saint-Denys. Y aunque Duarte estuvo físicamente ausente, no por eso se deja de reconocer su gran liderazgo y su posibilidad de ser Presidente de la Nueva República.

Basta para ello leer la carta que le dirige el Cónsul de Estados Unidos en Curazao a Duarte, el 20 de Junio de 1844, el anuncio que hace la Gaceta de Curazao el 9 de Marzo de 1844 y la correspondencia del Cónsul inglés en Puerto Príncipe, en Marzo y Agosto de 1844. Y más que nada el saludo que hace el Arzobispo de Santo Domingo cuando el 15 de Marzo de 1844 a su arribo a la ciudad capital le llama a nuestra prócer “Padre de la Patria”, “Salve al Padre de la Patria”.

Pero tal como lo habían previsto sus adversarios, la ausencia de Duarte hizo más factible que su grupo político, lo que hemos llamado partido nacional, trinitario o duartiano, perdiera terreno a la hora de establecer el primer Gobierno dominicano. En un Gobierno colegiado de once miembros, apenas le correspondieron tres asientos a militantes activos de dicho grupo. Y así con una aplastante



mayoría de ocho, entre afrancesados o individuos pasivos y “apolíticos” pudieron nombrar a Pedro Santana, jefe del Ejército y negociar el protectorado francés con el Cónsul Saint-Denys.

A esas alturas, viéndose pues reducido a una minoría impotente que no puede dominar al Gobierno colegiado, es que Duarte y su grupo reaccionan valientemente el 20 de Mayo de 1844 en favor de su ideario independentista y más adelante, el 9 de Junio, mediante la fuerza desplazan a sus enemigos y toman el poder que necesitaban para imponer sus grandes ideales. Bello momento éste de nuestra historia, tan estúpidamente condenado por la pasión personalista o por el análisis superfluo, en que ocupa el poder por cuatro semanas el partido nacional, figurado en la presidencia uno de sus más connotados dirigentes, el futuro prócer Francisco del Rosario Sánchez. ¡Precisamente la única oportunidad en que fue gobierno aunque fugazmente el grupo político que enarbolaba la más hermosa bandera del patriotismo!

Por eso frente a estas circunstancias favorables, es que Ramón Matías Mella comienza a promover en la región del Cibao la candidatura presidencial de Juan Pablo Duarte, una región en donde las clases dominantes, los “dones”, solamente conocían como líder de posibilidades gubernamentales, al jefe de los trinitarios. Para ese entonces en el Cibao no había muchas noticias de los planes de Bobadilla para exaltar a su cofrade Pedro Santana y desplazar a Duarte. Pero Duarte actuando democráticamente rehusó el poder que le ofrecía el pronunciamiento, pensando que dicho poder debía lograrse por la vía electoral, cosa imposible de lograr en un momento en que la República se debatía en sus luchas soberanas frente a la agresión recuperante de Haití.

Así llegó la hora “cero”, en la cual se decidió la suerte política de Duarte. Su reiterada declinación al mando tanto en Santiago como en Puerto plata hace perder fervor y entusiasmo por su candidatura. La felicidad de esos pueblos en esos instantes no estaba en la humildad ni en el desinterés, sino en un hombre que los salvara, como decía Mella, de una posible intervención extranjera y de una ruinosa hacienda pública. En fin, lo que querían era el “Caudillo de la Independencia” que más tarde anunciaba la



figura de Duarte y sobre todo a la hora de su sepelio. Por eso el líder civilista fue rápidamente desplazado por el Caudillo militar, que basándose en el pronunciamiento de su grupo armado, lo lleva al poder. ¡Nada de elecciones y menos de elecciones libres! ¡Habrà que esperar hasta 1878 para que se efectúen las primeras de ese tipo en nuestro suelo! Las armas y no los votos fueron los factores que decidieron la suerte del poder.

Duarte como siempre prefirió el sacrificio personal antes que claudicar y dejar de ser el más fervoroso servidor de sus grandes ideales. Frustrado prefirió la selva Venezolana a mantenerse en la lucha por el poder. ¡Cosa que hubiera logrado de haberse preocupado por mantener su vigencia política!

¡No lo dudamos! En esas condiciones es posible que a la larga hubiera vencido a Santana y no hubiera surgido el rival político contra éste, que emergió más tarde, o sea Buenaventura Báez. Pero, Duarte al desaparecer del escenario fue víctima del olvido popular. Tan es así que cuando quiso luchar nuevamente por la patria perdida e incorporarse a las filas de la Restauración Nacional fue relegado a un plano mucho menor que su antecesor en Marzo de 1844, un plano de negociador diplomático, lejos del centro del poder. Su antiguo amigo y partidario, Ramón Matías Mella que se había mantenido en el país, tuvo más relevancia, pues llegó a ser Vicepresidente del Gobierno Restaurador.

La conclusión de todo este proceso recae en una gran pena dentro de la historia política de nuestro país cuando un hombre de las condiciones morales e intelectuales de Juan Pablo Duarte no pudo llegar a la cumbre del poder. Estamos seguros de que si él hubiera luchado no solamente por la independencia sino por sus ideales democráticos, la suerte del país en el siglo pasado, hubiera sido otra. A lo mejor no hubiera ocurrido la Anexión a España ni muchas otras calamidades públicas que sufrimos por esos años y que tanto daño perjudicaron al progreso, al desarrollo y a la economía de la nación dominicana. También a lo mejor se hubiera estabilizado desde entonces la institucionalidad de nuestro devenir político.

De todos modos nos queda el consuelo de los idealistas, que siempre han admirado a un Duarte sin los



atributos del verdadero político que ambiciona el poder, sino como un Duarte, apóstol y maestro, quien principalmente merece la veneración del altar, y no la silla ejecutiva.

De todos modos, aunque el hombre Juan Pablo Duarte no pudo imponerse como un caudillo ni líder de partido, al fin y al cabo triunfaron sus grandes ideales. ¡Así lo demuestra esta República Dominicana, libre, independiente, democrática y progresista!

